

***I rebelled,  
they brought me down.***

### **Máirín**

La primera regla es no disparar a menos que uno esté seguro de que va a acertar en el blanco. *Una bala, una vida*; eso es lo que dicen.

Máirín mira a su alrededor y comprueba que sus compañeros no han resultado heridos. Se han refugiado tras los automóviles y los contenedores de desechos, incluso en los portales de los edificios más cercanos, impulsados por un instinto primitivo e irracional. Sin embargo, no ha vuelto a producirse ningún disparo.

El cabecilla del grupo se adelanta para asegurar el terreno. Una decena de metros más allá todo es oscuridad, apenas perturbada por una luz momentánea en la fachada de algún edificio. La repentina calma que se adueña de la noche tras la detonación resulta inquietante.

El tiempo corre en su contra. Máirín sabe que las sirenas de los coches de policía no tardarán en dejarse escuchar, pues el Gobierno ha extremado las precauciones en cuanto a la seguridad callejera en los últimos meses. Quizás les resten seis o siete minutos antes de que vean aparecer los destellos azules en la avenida que tienen a sus espaldas. Intenta contar los segundos mentalmente mientras aguarda la señal que le indique que debe abandonar su posición.

Finalmente el grupo comienza a desplazarse en la dirección de la que provenía el disparo, dada la imposibilidad de regresar por el camino que habían tomado hasta aquel punto. La incertidumbre ante lo que encontrarán más adelante se traduce en un hormigueo nervioso que les recorre el cuerpo desde la espalda hasta la punta de los dedos. Sienten la adrenalina erizándoles el vello de la nuca como una descarga eléctrica. Máirín busca el contacto de la cicatriz de su muslo. *Señor, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar...*

Sabe que no recordará cómo ha dado comienzo semejante batalla campal. Todo se reducirá a un fogonazo blanco y al dolor del primer golpe recibido. Pero su mano ya vuela en busca del cuchillo mientras intenta alejarse de su oponente lanzando un golpe con el puño izquierdo.

*...el valor para cambiar las cosas que sí puedo...*

Y no necesita ni un solo segundo más: la hoja traza un arco paralelo al suelo, dibujando una sonrisa granate en el estómago de ese bastardo unionista. Casi en el mismo movimiento gira el arma y hunde el metal en el costado, tratando de alcanzar el bazo. A Máirín sólo le tiembla el pulso fugazmente el instante en que cree verse reflejada en las pupilas de su víctima.

*...y la sabiduría para conocer la diferencia.*